



Monasterio Invisible Octubre

"Es precisamente viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio cristiano en las ocupaciones de cada día que estamos llamados a ser santos."
(Papa Francisco)

Monición

La santidad es una llamada que Dios dirige a todos, pero sin forzar a nadie. Dios pide y espera la libre adhesión del hombre. En el ámbito de esta vocación universal a la santidad, Cristo elige para cada uno una tarea específica y, si encuentra correspondencia, él mismo provee a llevar a cumplimiento la obra iniciada, haciendo que el fruto permanezca. **Papa San Juan Pablo II, ceremonia de beatificación MER**

En este mes, en el que recordamos que, Dios en su infinita bondad, llamó a Nuestra Madre Encarnación a la vida y a su seguimiento, oremos por las jóvenes que sienten el llamado del Señor como Samuel y desean responder a su llamado desde la vida Consagrada Bethlemita.



Oración al Espíritu Santo - Oracional pag. 146

Oración Personal

Texto para este día: (1 Sam 3 1-10.19)

A la Palabra le digo...

(Meditación Javerianos)

AQUÍ ESTOY, SEÑOR

Nos situamos en el siglo XI a. C. Un tiempo de transición. Israel pasa de un modelo de confederación tribal a una monarquía centralizada, imitando con ello a los pueblos vecinos. Fueron momentos difíciles, se nos dice que "la Palabra del Señor era rara". El pueblo se alejaba de Dios en su afán de ser como los demás. Cuando eclipsamos a Dios de nuestras vidas, nos llega la inseguridad, cedemos el paso a los intereses personales. Ya no buscamos ni la verdad ni la vida. Nuestra mentalidad se adapta a lo que domina, a lo que está de moda. Hacemos cosas, pero no vivimos.

LA VIDA DE UN JOVEN

Desde la infancia, Samuel vive al servicio del Templo. Había sido entregado por su madre a Dios para que le sirviera. Elí, el sacerdote encargado del Templo, es quien lo acoge y hace de él su ayudante.

Samuel es un adolescente que cultiva las actitudes de generosidad, del trabajo bien hecho, de prontitud para el servicio y de disponibilidad. "Hace cosas" para servir a Dios.

Samuel, a pesar de todos sus valores humanos y su disponibilidad para servir, no está abierto a la Palabra de Dios, tiene poca familiaridad con Dios. Esto también nos puede pasar a nosotros. Hacemos muchas cosas para los demás, dispuestos a ayudar y a echar una mano, pero sin haber sentido aún a Dios como Padre y amigo.

SUCEDIÓ UN DÍA

Es en este contexto donde Dios se hace presente interesándose por Samuel. Era un día cualquiera. Sucedió en aquel día como podía haber sucedido en otro momento. De una manera inesperada e imprevista. Era de noche. Samuel "estaba durmiendo".

Como muchas veces pasa en nuestra vida diaria, no nos damos cuenta de las cosas importantes y la vida se nos escapa de las manos. Vivimos pero estamos dormidos. Samuel "dormía en el santuario del Señor", allí donde tenía su trabajo y sus ocupaciones habituales. "Donde estaba el Arca de la presencia de Dios". Samuel vivía rodeado de Dios, pero él no se daba cuenta. El Señor estaba a su lado y él no lo sabía. Samuel dormía. ¡Cuántas veces nos ocurre lo mismo! Vivimos nuestra vida como si Dios no existiese, sin percibir que su presencia inunda todo nuestro ser y que, en palabras de S. Agustín, "es lo más íntimo de nosotros mismos".

EL SEÑOR LO LLAMA

Jamás hubiese pensado Samuel que el Señor le iba a salir a su encuentro. Para Samuel, Dios era algo abstracto, una idea, un objeto; nunca había experimentado que Dios es sobre todo una persona. El Señor, que lo conoce muy bien, se le acerca, le susurra palabras al corazón y lo llama por su propio nombre. Samuel, en su disponibilidad, cree que es Elí quien lo llama y le responde inmediatamente. Samuel no es capaz todavía de distinguir la variedad de voces que recibe. Para él, todas son iguales. Sin embargo, hay voces que son diferentes, que hablan al corazón. Y es que por aquel tiempo Samuel hacía muchas cosas para Dios, lo servía en el Templo, pero "no lo conocía todavía". ¿No nos puede pasar a nosotros algo parecido: años y años en grupos, en la Iglesia, participando en la Eucaristía, colaborando en tantas cosas y, sin embargo, no conocemos todavía a Dios? Sólo más tarde, Samuel empieza a darse cuenta, con la ayuda del sacerdote Elí, que esa voz no proviene del exterior, sino de su interior. Descubre que Dios está con él, que se interesa por él y que le ofrece su amistad y su intimidad.

HABLA, SEÑOR

Su disponibilidad natural, ahora, Samuel la pone al servicio de Dios. Es Él quien habla. Samuel, por su parte, escucha. Seguir a Jesús es ponerse en camino y dejarse guiar por Aquel que nos conoce, nos ama y quiere ayudarnos para que nos situemos en su Proyecto y nos convirtamos en Protagonistas del Reino. La escucha de la Palabra es el medio más eficaz para ir descubriendo nuestro lugar en dicho proyecto. Toda vocación es un proceso que va madurando lentamente. Nada sucede de la noche al día. Estar atento a lo que se vive y se siente, dejarse ayudar por una persona, escuchar la Palabra... son algunos de los elementos importantes para ir descubriendo la llamada del Señor y poder responderle.

Dios habla, Samuel escucha: ¿Cuándo me habla Dios?, ¿cómo lo escucho?

EMPIEZA A CRECER

"Samuel crecía y el Señor estaba con él". Para aquel joven se inicia un nuevo camino. Samuel pasa de una existencia simplemente buena, generosa, de ser un buen chico, a darse cuenta de la presencia de Dios que inunda toda su vida y que hace de él un profeta. Poco a poco, mediante la escucha de su Palabra, se va familiarizando con Dios, hasta el punto de no ser él quien dirige su vida, sino Dios mismo que vive en él. En este proceso, lo único que Dios nos pide es que estemos disponibles al diálogo, y dejemos que sea Él quien vaya guiando nuestro camino. Samuel deja de ser un niño que hace cosas, y se convierte en un adulto que vive la presencia de Dios. Si Dios lo ha elegido es para que su palabra pueda ser oída por otras personas, para que así puedan también ellos entrar en diálogo y familiaridad con Dios. Esto es la misión.

El Señor, ¿cómo te busca, cómo te habla, qué es lo que quiere decirte, dónde te quiere?

Oración Final

¡Señor Jesús!, Pastor de nuestras almas, que continúas llamando con tu mirada de amor a tantos y a tantas jóvenes que viven en dificultades del mundo de hoy, abre su mente para oír entre tantas voces que resuenan. a su alrededor, tu voz inconfundible; suave y potente, que también repite hoy: "Ven y sígueme". Mueve el corazón de nuestra juventud a la generosidad y hazla sensible a las esperanzas de los hermanos que piden solidaridad y paz, verdad y amor. Orienta el corazón de los jóvenes hacia la radicalidad evangélica capaz de revelar al hombre moderno las inmensas riquezas de tu caridad. ¡Llámalos con tu bondad, para atraerlos a Ti! ¡Préndelos con tu dulzura, para acogerlos en Ti! ¡Envíalos con tu verdad, para conservarlos en Ti! Amén.